



El Camino de la Filosofía Perenne

*Por, Dr. Ramón Gallegos Nava**

Fragmento del libro: “Aprender a Ser” 2003

Cuerpo, mente y espíritu

Aldous Huxley señala que el concepto de filosofía perenne fue acuñado por Leibniz, pero que la metafísica, la filosofía que reconoce una divina realidad fundamental en el mundo y encuentra en el espíritu humano algo idéntico a esta divina realidad, la ética que señala que la última finalidad del ser humano es el conocimiento de la base inmanente y trascendente, es inmemorial y universal. Elementos de la filosofía perenne como conocimiento trascendental pueden encontrarse en culturas muy primitivas y en las más actuales, es el factor común de todas las grandes religiones del mundo, el corazón místico no cultural ni institucional de todas las tradiciones espirituales, es la sabiduría última y más elevada que nos revela nuestra verdadera naturaleza espiritual. La filosofía perenne ha tenido diferentes expositores a través del tiempo que narran versiones diferentes de la misma verdad eterna, todas las versiones son válidas pues apuntan y se sustentan en las mismas verdades espirituales, solo cambia el estilo de la versión que generalmente enfatiza algún punto determinado en la visión general. Un momento importante de la filosofía perenne ocurrió hace veinticinco siglos con la emergencia del advaita vedanta y el budismo que expresaron con una claridad sin precedentes la enseñanza divina. La filosofía perenne ha sido tratada desde puntos de vista diferentes, aquí enfatizaré mi propia visión espiritual basada en la filosofía de la no-dualidad que reconoce la identidad de lo trascendente y lo inmanente, la identidad entre nuestro Ser interior y la misma divinidad.

*Dr. Ramón Gallegos Nava
Presidente-Fundador
Fundación Internacional para la Educación Holista
Coordinador de la Maestría en Educación Holista y el Doctorado en Educación Holista
Premio Internacional “Book of the Year 2001” en USA

Este artículo puede ser citado con la siguiente referencia:
Dr. Ramón Gallegos Nava, (2003) “Aprender a Ser, El nacimiento de una nueva conciencia espiritual”.
Ed. Fundación Internacional para la Educación Holista. Guadalajara, fragmento publicado en: - www.ramongallegos.com

La filosofía perenne es transcultural y transhistorica, en sí misma no es una religión sino una verdad eterna, más allá del tiempo y el espacio pero que se expresa en todo tiempo y todo lugar. Es transcultural porque no es el producto de una o muchas culturas, además, las diversas formas culturales no afectan en nada sustancial su naturaleza, es anterior a las culturas por eso no puede ser modificada por ellas, en sí misma no tiene forma social, símbolos o imágenes. Las religiones son expresiones culturales, adquieren formas, mitos, símbolos e imágenes diferentes dependiendo de la cultura donde se originan, son instituciones organizadas alrededor de la idea de iglesias donde la autoridad y el dogma son prioritarios, son organizaciones construidas en el tiempo histórico generalmente envueltas en un vasto legalismo, en las religiones la institución llega a ser más importante que la verdad que tratan de comunicar, el poder más importante que la trascendencia, lo cual se contradice con la filosofía perenne. En las iglesias, el activismo y el proselitismo son más importantes que el respeto y la libertad, de allí que generalmente se han visto envueltas en guerras para imponer su dogma a los demás generando un gran sufrimiento a la humanidad. Las religiones son un producto cultural pero la filosofía perenne no lo es, no tiene iglesia, dogma, ni está envuelta en ningún tipo de legalismo, los hechos históricos no son relevantes porque es una enseñanza espiritual fuera del tiempo, es expresión directa de lo eterno, de allí su nombre de perenne, porque en esencia no sufre cambio ni mutación a causa del tiempo, como conocimiento directo de la base divina ha sido, es y será verdad espiritual inmutable. La filosofía perenne es una verdad transracional, por ello no puede ser comprendida solo por la razón, para acceder a ella, el ego debe ser borrado del Ser, es requisito hacernos sencillos, simples y buenos porque estas virtudes son la naturaleza del Ser y solo el “YO” verdadero puede acceder a las verdades de la filosofía perenne, que por cierto está más allá de la vida académica e intelectual racionalista y materialista, solo el aprendizaje del ser nos conduce a la filosofía perenne.

Una enseñanza muy importante que se desprende de la filosofía perenne es la triple visión de la naturaleza humana, somos una totalidad integrada por cuerpo, mente y espíritu donde este último es la realidad fundamental y los dos primeros superposiciones instrumentales para desempeñarnos en el mundo de la manifestación. Toda la visión de la modernidad se construyó sobre el par dualista cuerpo–mente dejando de lado la realidad suprema del espíritu, todas las disciplinas, ciencias, saberes y visiones modernas están basadas en el supuesto de que el ser humano solo es un cuerpo y una mente más allá de lo cual no existe nada, solo somos materia, biología y procesos cognitivos, somos solo lo que los sentidos físicos pueden captar en un mundo material plano, el reconocimiento de esta idea materialista trajo consigo una pérdida de sentido, una profunda deshumanización y gran sufrimiento a la humanidad porque es en nuestra relación con el espíritu donde en realidad encontramos nuestra verdadera identidad, la sanación global, el fin del sufrimiento y la plena autorrealización. Tenemos un cuerpo pero no somos el cuerpo, esta es una declaración fundamental del camino espiritual basado en la filosofía perenne. Nuestro cuerpo es valioso y debemos cuidarlo y mantenerlo sano para su correcto funcionamiento sin embargo, no somos eso, o como señala la tradición oriental “neti, neti” que significa

“eso no, eso no”, para señalar que, si bien el cuerpo nos pertenece, en él no habita nuestra verdadera identidad. Podemos perder una pierna pero no por eso somos menos valiosos o debemos de tener menos derechos humanos, aún en un caso extremo como el perder gran parte de nuestro cuerpo como piernas y brazos no significa que valgamos menos como seres humanos, dejemos de ser inteligentes o tengamos menos dignidad. Hoy día hay un exagerado interés por el cuerpo, es lo que algunos pensadores holistas llaman el “cuerpismo”, la gente que está en este paradigma vive estimulando las sensaciones corporales, la bioenergética, los desbloques somáticos, la terapia corporal, etc., todas ellas realidades subhumanas que no llevan en sí mismas a la trascendencia, esto de ninguna manera significa desvalorizar el cuerpo sino buscar su justo valor en el marco general del espíritu, si bien es cierto que ser vegetariano y realizar alguna disciplina corporal es recomendable, no son elementos indispensables ni suficientes para el camino espiritual, en la historia de la humanidad ha habido grandes asesinos y déspotas que son vegetarianos y grandes santos que son carnívoros y viceversa, todo lo relacionado con el cuerpo tiene su valor pero no debemos sobrevalorarlo, más bien debemos reconocer que tenemos un cuerpo pero nuestra identidad trascendental no depende del cuerpo.

Tenemos un aparato psíquico pero no somos el aparato psíquico, esta es una segunda declaración fundamental del camino espiritual basado en la filosofía perenne. Nuestra vida mental es valiosa y debemos procurar tener pensamientos positivos, sin embargo, no somos pensamientos, nuestra verdadera identidad no habita en la naturaleza de los pensamientos o la vida mental. Los pensamientos van y vienen, pueden ser optimistas o pesimistas, podemos tener muchos pensamientos o ninguno pero independientemente de todo esto el Ser siempre permanece siendo lo que es. Independientemente de los pensamientos que tengamos el valor de un ser humano nunca se pierde, es deseable, obviamente tener una vida psíquica con orden porque eso permite sentar la base para acceder a la verdadera vida espiritual, pero todo lo mental se queda en lo mental, lo mental cura y desarrolla lo mental lo cual está muy bien, pero no puede desarrollar lo espiritual bajo ninguna circunstancia porque el espíritu es transmental.

Prácticamente todas las psicologías con algunas excepciones, apuntan al ámbito mental, se centran en el estudio del aparato psíquico, la personalidad, la motivación, los pensamientos, etc., todo lo cual está en el nivel de la mente y es importante pero las psicologías no pueden, por su propia naturaleza, alcanzar el nivel del Ser. La psicología humanista, la terapia gestalt, la programación neurolingüística, hipnosis ericksoniana, y demás tecnologías de la mente no pueden ir más allá del pensamiento de primer grado, no sirven para evolucionar la conciencia y llevarla al pensamiento de segundo grado, al meme amarillo y turquesa. Aunque estas psicologías se promocionan como las campeonas del cambio, la verdad es que solo son efectivas para bajos niveles de conciencia, sirven para condicionar la conducta hacia un objetivo prefijado, son insuficientes para mejorar el carácter y un obstáculo para la evolución de la conciencia, es decir no pueden generar cambios esenciales y definitivos porque estos solo se dan en el nivel del espíritu, nivel que las psicologías no pueden nunca alcanzar, porque son construcciones de la mente instrumental. Esto en realidad no significa descalificar a las psicologías como se podría pensar, sino ubicarlas en su justo lugar y

reconocer lo que pueden y no pueden hacer y no caer en el error de sobrevalorarlas, reconociendo su valor es necesario ir más allá de las psicologías para lograr los cambios evolutivos de la conciencia que necesitamos.

La trilogía cuerpo–mente–espíritu es fundamental para no quedarnos en los niveles del cuerpo y la mente y reconocer que necesitamos avanzar hacia el espíritu, es un nuevo marco para entender de manera genuinamente integral quiénes somos, cuál es nuestra verdadera identidad original y cómo podemos reconocerla. La espiritualidad es un tema tabú para la modernidad, el materialismo, el cientificismo y los ambientes académicos mecanicistas porque todos estos son construcciones epistemológicas de primer grado que no disponen del ojo de la contemplación y no pueden reconocer, por lo tanto, la realidad del espíritu. En la medida en que el pensamiento mecanicista va siendo trascendido se va dando una abertura natural hacia el nivel de la espiritualidad.

El paradigma holista cuerpo–mente–espíritu se corresponde con los tres estadios generales de la conciencia, el predominio del cuerpo con la conciencia prepersonal, el predominio de la mente con la conciencia personal y el predominio del espíritu con la conciencia transpersonal, de esta manera, la identidad va evolucionando de una identidad arraigada en el cuerpo a una identidad arraigada en el pensamiento y la memoria, hasta una identidad arraigada en el espíritu, esta última corresponde a nuestra verdadera identidad universal. La conciencia prepersonal y personal son pensamiento de primer grado y se corresponden con los seis primeros memes que van de lo instintivo a la razón instrumental, la conciencia transpersonal es pensamiento de segundo grado y se corresponde con los dos memes superiores amarillo y turquesa que recorren los niveles espirituales.

El cuerpo es el espacio de nuestra biología donde viven los instintos y sensaciones, la mente el espacio de las ideas y los pensamientos instrumentales y el espíritu el espacio de los valores y la identidad genuina. A pesar de que son diferentes no deben ser vistos como contradictorios sino como complementarios; idealmente, los tres deben estar integrados en una holarquía que va de lo básico (cuerpo), a lo mejor (mente), a lo superior (espíritu). El cuerpo es preracional y prelingüístico, es una estructura que compartimos con los animales, nos permite un aprendizaje sensoriomotor básico pero no es capaz de generar sentido intersubjetivo porque no contiene razón ni lenguaje, a nivel de nuestro cuerpo solo tenemos necesidades materiales como comida, albergue, sexo, ropa, etc., vivimos en el mundo de las formas, lo empírico, los instintos, en realidad, en un mundo subhumano que conforma nuestro sustrato material.

La mente es racional y lingüística, es una estructura propiamente humana que nos permite un aprendizaje empírico-analítico y fenomenológico del mundo social, es el ámbito de la razón instrumental, la memoria, el ego, la personalidad, el aparato psíquico. Los budistas, en lo general, tienen una concepción diferente de mente pero aquí no entraremos en eso

porque es una discusión larga que nos aleja de nuestro objetivo principal. En el mapa trazado desde nuestra visión holista, en este nivel tenemos necesidades psíquicas, como la autoestima, el apoyo social, las emociones, las fantasías, los pensamientos, etc., vivimos en el mundo de la cultura, los símbolos, el lenguaje y la razón instrumental, todo lo cual pertenece solo al mundo humano conformando nuestro sustrato psicosocial. Pero en este nivel no termina nuestra naturaleza, creemos que es todo lo que tenemos porque es fácil percatarnos de nuestra mente, la cultura y la educación de la modernidad ponen su punto final en esta frontera, se niegan a ver más allá y con eso cierran la puerta al reino de la verdadera trascendencia, de la verdadera sanación, de la verdadera felicidad y de la verdadera autorrealización.

El reino del espíritu es transracional y translingüístico, es la esencia original de la naturaleza humana que nos permite un conocimiento unitivo de la base divina, es el ámbito del amor universal, la compasión, la libertad, la fraternidad, la paz, la felicidad, la concordia, la reconciliación, la curación global y final, la ecuanimidad, la bienaventuranza, la certidumbre, la inteligencia holista, etc. El “aprender a Ser” apunta a este nivel, pues solo aquí es donde podemos reconocer nuestra verdadera naturaleza y conectar con la base divina de todo lo que existe. Al igual que los otros dos niveles, aquí también tenemos necesidades, pero estas son necesidades espirituales de pertenencia a una totalidad mayor, una necesidad de pertenencia a la inmutable base divina, una necesidad espiritual de pertenecer a Dios. El espíritu no es personal sino transpersonal, las psicologías occidentales nos han hecho creer que nuestra personalidad representa nuestra identidad, pero en realidad no es así, personalidad deriva de persona, que significa máscara, fachada social, apariencia externa, la personalidad es nuestra fachada externa, la apariencia con la que nos presentamos a los demás, en sí misma no es un aspecto negativo, tiene su función social, pero la personalidad no es nuestro verdadero ser interior, en realidad es la parte más superficial y modificable de nuestra identidad verdadera. Desafortunadamente, muchas veces, la personalidad es tomada como nuestra verdadera identidad, el sujeto se identifica con ella y entra en un proceso de egocentrismo, narcisismo e individualismo que lo llevan irremediamente al sufrimiento, la identificación con la personalidad lleva a un refinamiento del ego, el sujeto cree que está evolucionando pero en realidad está agrandando su ego, esto sucede de manera muy frecuente con la llamada tercera fuerza en psicología, como la psicología humanista y la terapia gestalt o el llamado desarrollo humano humanista, aún la misma psicología transpersonal, que en realidad no es genuinamente transpersonal, genera mucho narcisismo. La solución a toda esta confusión es entrar en una verdadera perspectiva espiritual, como la filosofía perenne, que señala de manera contundente que: nuestra verdadera identidad no se encuentra en el ego personal sino en el Ser universal. Esta declaración termina totalmente con el malentendido de considerarnos egos aislados, de concentrarnos en nuestra personalidad considerando que si la desarrollamos avanzaremos hacia una mejora de nuestra vida, esto solo ha llevado a un individualismo regresivo que representa la negación de nuestra verdadera naturaleza, solo en la abertura hacia lo universal está el camino de nuestro verdadero Ser. En la figura 3 encontramos la representación de los tres elementos que conforman la unidad del

Ser, enfatizando los tres estadios generales de la evolución de la conciencia; prepersonal, personal y transpersonal. El proceso de “aprender a Ser”, que es un proceso de despertar espiritual, va del cuerpo a la mente, hasta el espíritu, que es donde finalmente se realiza, pero es muy importante que este proceso esté guiado por la filosofía perenne y no por el pensamiento de primer grado, solo una visión integral del espíritu puede conducir el aprendizaje del Ser a buen puerto.

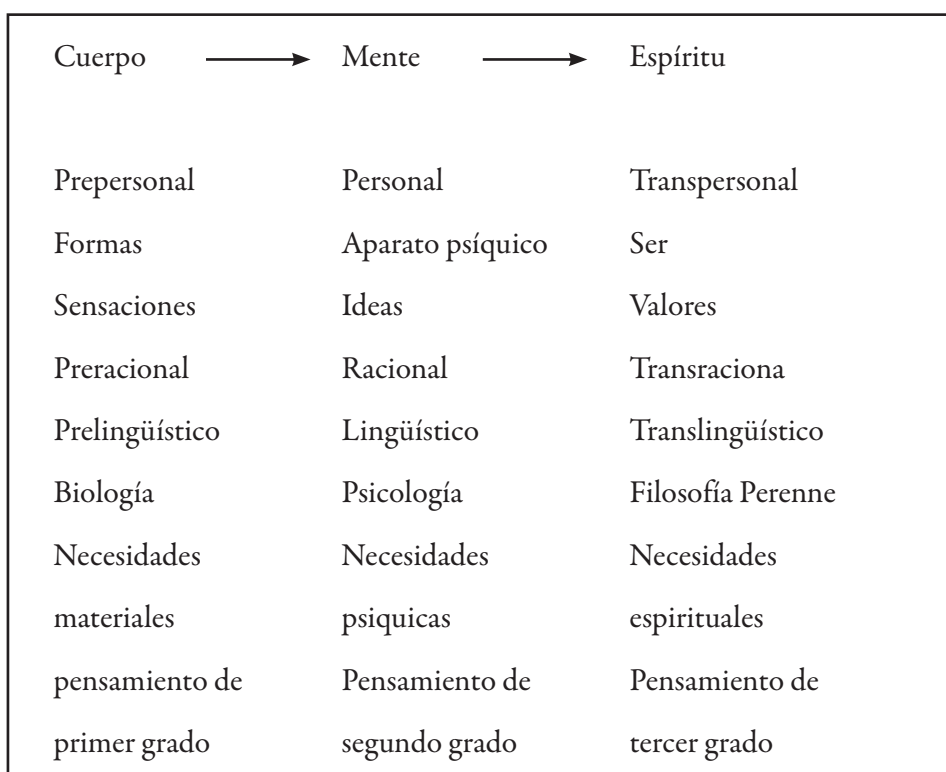


Figura 3. La trilogía cuerpo-mente-espíritu

Este esquema es un mapa esencial para reconocer el proceso de autorrealización de nuestro verdadero “YO”, la iluminación no se trata de un cambio psicológico en la mente sino de un despertar espiritual, si no tomamos como base la trilogía cuerpo–mente–espíritu, podemos creer que el espíritu es mente y que las psicologías bastan para realizar nuestro viaje espiritual, lo cual es falso.

Toda psicología, en realidad se dirige a nivel de la mente, a la conciencia personal no trascendental, por lo que es un contrasentido hablar de psicología transpersonal, la psicología pertenece a un nivel y lo transpersonal a otro más elevado, lo transpersonal está más allá de lo psicológico, lo transpersonal es espiritual, transpersonal y espiritual van juntos. Las psicologías tienen su lugar en el esquema general de las cosas, son válidas e importantes, pero nosotros vamos en busca de algo que está más allá de ellas, estamos avanzando hacia el nivel del espíritu, al reino de la espiritualidad, al ámbito donde se realiza el conocimiento unitivo de la base divina, experiencia que marca el reconocimiento de nuestra verdadera naturaleza.

Nuestra verdadera naturaleza

El proceso de evolución de la conciencia puede ser entendido como un proceso de reconocimiento de nuestra verdadera naturaleza. Ya vimos que desde la filosofía perenne tenemos un cuerpo pero no somos el cuerpo, tenemos una mente pero no somos el aparato psíquico, tampoco somos un mero producto cultural de la sociedad, ni estamos hechos solo de lenguaje, nuestra verdadera naturaleza trasciende todo eso.

Una enseñanza fundamental de la filosofía perenne se expresa en la declaración clásica “Tu eres Eso”, esta declaración señala que nuestro “YO” real, nuestro Ser interior genuino, nuestra naturaleza esencial es uno con la divina base, es uno con el principio absoluto de toda existencia, no hay dualidad entre dios y sus criaturas, ambos final y esencialmente son idénticos, el Ser individual y el Ser universal comparten la misma identidad eterna. Dios o lo divino como algo diferente a nuestra esencia, es una idea insostenible y extraña a la filosofía perenne, es un dualismo propio de los niveles bajos de conciencia. Nuestra finalidad última como seres humanos es descubrir la identidad absoluta entre el Ser interior y la divina base por nosotros mismos, descubrir de manera directa quienes somos realmente.

La declaración “Tú eres Eso” señala la necesidad de percatarnos de la identidad del espíritu individual con el espíritu universal, nuestra naturaleza no es ajena a la naturaleza de la divina base, es idéntica a ella. Shankara el gran filósofo perenne del siglo nueve, señaló que existe una divina base de la cual se despliegan todas las cosas de la existencia, esta base divina es una esencia sutil, está más allá del tiempo y el espacio, más allá del nacimiento y la muerte, más allá de la experiencia sensoria y “Tú eres Eso”. El “Tu” significa nuestro “YO” verdadero,

nuestra esencia, nuestra identidad, el “Eso” significa el espíritu universal, la divina base eterna, por lo tanto, somos en esencia ese espíritu universal. En nuestro estado actual no nos percatamos de esta verdad fundamental porque hemos caído en un malentendido, en un error de identificación, en vez de identificarnos con nuestra verdadera identidad que es espiritual nos hemos identificado con una superposición instrumental como es el ego, el ego no es nuestra verdadera identidad y, de este malentendido se genera nuestro sufrimiento, porque el ego, que es un objeto, es en sí mismo sufrimiento, es la ignorancia la que nos hace identificarnos con el ego y no reconocer lo que en verdad somos. Pero nuestra verdadera identidad que es espiritualidad pura, puede ser conocida solo de manera directa a través del ojo de la contemplación.

Nuestro verdadero Ser es el testigo que contempla el mundo fenoménico con desapego y ecuanimidad. Todo aquello que puede ser percibido es un objeto y por lo tanto no es el sujeto perceptor, todo aquello que puede ser percibido no es el verdadero “YO”, podemos percibir nuestro cuerpo como un objeto, por lo tanto, el cuerpo no es nuestro verdadero Ser, podemos percibir nuestra mente como un objeto, por lo tanto, la mente no es nuestro verdadero Ser, si el lector se puede percibir a sí mismo, ese sí mismo percibido no es el verdadero “YO”, este es aquel testigo o perceptor que está más allá de todo lo que se puede percibir, el testigo que presencia el sufrimiento del ego, el sujeto que nunca es objeto percibido, que esta mas allá de los objetos fenoménicos, ese noúmeno es el verdadero Ser, que solo se puede percibir a sí mismo a través de un acto puro de atención trascendental con el ojo de la contemplación. El “Tú” de nuestra declaración no se refiere al cuerpo ni a la mente, sino al Ser interior espiritual, ese “Tú” es idéntico al “Eso” que es la divina base o Ser universal. Los Upanishads señalan la naturaleza del ego y el testigo trascendental con una hermosa declaración; “Como dos pájaros de oro posados en la misma rama, el ego y el Ser coexisten, uno come de los placeres y penas de este mundo, el otro, observa con desapego”. Esta declaración nos demuestra que el Ser nunca es enajenado por el mundo, siempre permanece como testigo trascendental.

El “Eso” que eres “Tú” es la divina base que trasciende cualquier condición limitante de devenir, más allá de esta base no hay ulterior realidad ni beatitud, es unicidad absoluta de existencia y conocimiento, es la realidad buscada por aquellos corazones que buscan su liberación. “Tú eres Eso” no debe entenderse como dos cosas diferentes que están conectadas, no debe entenderse como una relación entre el Ser individual y el Ser universal, sino como identidad absoluta entre ambos, un solo sabor, no dos sino uno, una sola realidad no dual, lo no nacido, el uno sin segundo porque esta unidad espiritual está más allá del tiempo, un solo sabor, una sola identidad.

La filosofía perenne nos lleva a transformar la concepción que tenemos de nosotros mismos al señalar que nuestra verdadera naturaleza es de carácter esencialmente espiritual, por ello necesitamos reconocer que no somos seres humanos que tienen experiencias

espirituales, sino que somos seres espirituales que están teniendo una experiencia humana. No somos seres humanos en el sentido de que nuestra esencia no es un producto generado por la sociedad o la cultura en la que hemos nacido, nuestra naturaleza es más amplia y más rica que todas las experiencias que podamos incorporar o nos pueda ofrecer cualquier sociedad, efectivamente, tenemos una dimensión social que es muy importante en nuestra vida y no se trata de negarlo o desvalorizarlo, pero nuestro corazón esencial no es social sino espiritual, lo espiritual va más allá de lo social, es una realidad más profunda que lo cultural. Cuando creemos que somos seres humanos que tienen experiencias espirituales, asumimos, aunque no sea claro, que la espiritualidad es algo de algún modo ajeno a nosotros, algo que está más allá de nuestra naturaleza hacia lo cual debemos desplazarnos porque no lo poseemos. Nos parecemos al pez del famoso cuento que andaba preguntando dónde se encontraba el océano sin darse cuenta de que ya estaba en él, cuando otro pez le señalaba esta verdad básica no lo creía y continuaba su búsqueda, búsqueda de algo en lo que ya estaba pero no reconocía, esto mismo nos sucede a nosotros, somos el Ser esencial pero no lo reconocemos porque nos identificamos con el ego.

En el nivel de nuestra naturaleza esencial no somos seres humanos, sino seres espirituales, recordemos que nuestro Ser interior es uno con la base divina. Somos seres espirituales que están teniendo una experiencia humana, esta experiencia humana es necesaria para lograr el reconocimiento de nuestra verdadera naturaleza, es una experiencia que nos permite desarrollar la compasión hacia todos los seres, la experiencia humana es nuestro camino hacia la iluminación porque nos permite ejercitar el amor universal, enfrentar y trascender el sufrimiento y no solo reconocer, sino también sentir, que somos luz divina. Somos seres espirituales que por un malentendido no lo reconocen y no nos damos cuenta de quienes somos, estamos dormidos a este entendimiento y por ello debemos despertar de la ilusión que hemos aceptado, por eso hablamos de un despertar espiritual, de algo que ya está allí pero no se ha hecho consciente, el proceso de evolución de la conciencia significa este proceso de percatación del espíritu por el espíritu, cada meme de la dinámica espiral significa hacernos más conscientes de nuestra verdadera naturaleza. Así que el aprendizaje de ser seres humanos plenos no debería de ser nunca ajeno a la espiritualidad, por lo tanto tenemos que tomar la responsabilidad de nuestra propia transformación y no esperar que otros lo hagan por nosotros, Buda decía “Sé luz para ti mismo”, y esto es muy cierto, el verdadero camino espiritual debe ser andado con nuestros propios pies, nadie puede hacerlo por nosotros, es una experiencia que tenemos que vivir directamente.

La filosofía perenne también nos dice que nuestra naturaleza esencial espiritual es; “verdad- conciencia-felicidad”, estas son tres esencias inherentes al verdadero Ser, siempre van juntas, una no existe sin las otras dos. La experiencia de la verdad despierta la conciencia al reconocimiento de la dicha suprema. La naturaleza de nuestro Ser interior es la verdad, la realidad suprema que siempre a sido y será porque esta más allá del tiempo, esta verdad es un hecho sin tiempo que pertenece a la eternidad, una verdad sin historia que siempre ha sido, somos esa verdad fundamental, estamos hechos de verdad divina. La naturaleza de nuestro Ser interior es conciencia, somos el sujeto trascendental que atestigua el mundo fenoménico, somos la conciencia dentro de la cual existe el mundo, nuestra conciencia no está dentro del mundo, el mundo

está dentro de nuestra conciencia, somos la conciencia fundamental y original que se percata de la totalidad. La naturaleza de nuestro Ser interior es la felicidad, nuestro estado original es de dicha suprema, la conciencia de la verdad se traduce en plena felicidad, el sufrimiento no es una condición inherente a nuestra naturaleza como los pesimistas creen, podemos trascender el sufrimiento, podemos terminar totalmente con el sufrimiento porque no es parte de nuestra naturaleza original, sufrimos por ignorancia, porque ignoramos nuestra verdadera naturaleza, pero cuando la ignorancia se disipa por el poder del correcto discernimiento surge la dicha suprema como estado original del Ser.

Así pues, la filosofía perenne sostiene que somos “verdad–conciencia–felicidad”, que esta es nuestra verdadera naturaleza que debemos reconocer siempre, la visión aquí es de total alivio y esperanza al reconocer que la felicidad de todos los seres está, tarde o temprano, totalmente garantizada. El sufrimiento, la ilusión, la patología, la ignorancia, la violencia, la codicia, son superposiciones al Ser, muchos psicólogos creen que la sombra (aspectos negativos) forma parte de nuestra naturaleza y debemos integrarla, aceptarla y vivir con ella, esta equivocación sucede por la misma naturaleza de la psicología que no percibe la naturaleza del Ser y porque no es sensible a una moral espiritual, la psicología trabaja con criterios limitados al concepto de normalidad de una sociedad, pero la filosofía perenne aclara los errores de la psicología al señalarnos claramente nuestra verdadera naturaleza. Es cierto que debemos aceptar la sombra y no reprimirla, pero no porque sea parte de nuestra verdadera naturaleza, sino porque es la única manera de trascenderla verdaderamente, el proceso es integrarla para comprender su falsedad y así trascenderla, si reprimimos la sombra no podemos estudiarla, ni comprenderla y tampoco podremos trascenderla, nada debe ser reprimido, todo debe ser comprendido. Desde la filosofía perenne y la visión holista el sufrimiento no es una condición necesaria de la existencia, no es cierto que vivir implique necesariamente sufrir, existe un camino, una puerta para salir del sufrimiento, la visión holista nos muestra ese camino, ese único camino que es la espiritualidad.

Los seres humanos somos seres espirituales en búsqueda de significados trascendentales, sin lo espiritual, que es nuestra verdadera naturaleza, nos enfermamos, nos desesperamos, nos volvemos violentos y nos deprimimos, al no tener al Ser con nosotros buscamos gratificaciones sustitutas, pero todas las gratificaciones materiales y sociales son parciales, son insuficientes, porque solo nuestra identificación con el Ser espiritual trae verdaderamente paz y felicidad, el encuentro con nuestro Ser interior es como un regreso a nuestro verdadero hogar. El camino de la espiritualidad reconoce que la esencia de lo que somos es amor universal, paz, fraternidad, concordia, solidaridad, compasión, felicidad, verdad, libertad, unidad, esta es una visión que solo sirve a la evolución de la conciencia, al conocimiento unitivo de la base divina.

La base espiritual

La divina base de toda existencia que es el “Eso” de nuestra declaración inicial es un absoluto espiritual, inefable en términos del pensamiento discursivo, inalcanzable para la racionalidad instrumental, más allá de tiempo y espacio, pero susceptible de ser experimentado y advertido a través del ojo de la contemplación del ser humano en un acto de aprehensión holista trans-simbólica que tiene como efecto un despertar de la conciencia espiritual. El conocimiento directo de este absoluto espiritual es la razón final de la existencia humana, el objetivo final de todos los procesos de desarrollo. Este conocimiento unitivo se alcanza cuando el ego personal es expulsado dejando espacio para que lo divino se levante dentro de nosotros. Este conocimiento es transracional en el sentido de que no se realiza a través de la razón académica sino de una facultad de la conciencia que se haya más allá de ella, esta facultad ha sido llamada intuición trascendental o razón espiritual y es un atributo del Ser individual para conocer la base divina, lo que se interpone como barrera en el conocimiento entre el “Tú” y el “Eso” es el ego, quitemos al ego que toma su forma del cuerpo y la mente mal comprendidos y entonces resplandecerá en toda su gloria la verdad de “Tú eres Eso”, tú eres el espíritu universal, tú eres la base divina, tú eres el amor universal.

La divina base es inmanente y trascendente a la vez, la filosofía perenne nos dice que este absoluto espiritual está aquí y más allá, ahora y después, trasciende lo evidente para situarse en la última realidad y sin embargo, está siempre frente a nosotros, en lo inmediato, al alcance de la mano, disponible a cada momento, es el último nivel de la escalera y el material de que está hecha esta, es la parte superior de esta página y el fondo blanco sobre el que se escriben todas las palabras, el cielo y la tierra en realidad son uno, samsara y nirvana deben saborearse uno a otro. Esta visión de lo divino al mismo tiempo inmanente y trascendente, personal e impersonal, ascendente y descendente no es contradictoria sino complementaria, es la más recomendada en la visión holista y nos previene de caer en extremos o ser parciales. Pero lo inmanente y lo trascendente son parte de una jerarquía de lo real, nuestra experiencia de la vida cotidiana es real en el contexto de su mismo plano pero es una realidad relativa con relación al absoluto espiritual. En filosofía perenne es común escuchar hablar de dos realidades, no es que una sea falsa y la otra verdadera, sino que una es más real que la otra, son niveles de realidad, también es frecuente designar a la primera como realidad social y a la segunda que es la más profunda verdad espiritual.

El conocimiento unitivo de la base divina es liberador, sanador y transformador, nos libera de todos los malentendidos que nos esclavizan a una vida de sufrimiento, nos libera de miedos y odios que detienen nuestro desarrollo y nos desvían a metas equivocadas, sana el conflicto interminable de los deseos obsesivos al conducirnos a la ecuanimidad, sana nuestro corazón de rencores permitiendo el florecimiento de la compasión, transforma nuestra conciencia hacia niveles y memes superiores haciéndola más integral, incluyente y holista, transforma nuestra presencia en el mundo haciéndonos seres humanos más creativos y responsable. Esta experiencia es conocida como iluminación porque ilumina nuestra vida

permitiéndonos tener claridad de quienes somos, reconocer nuestra verdadera naturaleza, establecer orden interno en la conciencia, permitiendo que nuestro verdadero Ser brille con su propia luz, los frutos de esta experiencia de unión entre el Ser individual y el Ser universal, entre el “YO” y la base divina son la sabiduría, el amor universal y la compasión incondicional.

La filosofía perenne tiene una triple concepción de Dios o de la divina base, señala que el absoluto puede ser conocido en tres niveles, estas concepciones en realidad no son contradictorias sino complementarias, ninguna esta equivocada, las tres son aceptables, pero lo mejor es tener una visión comprensiva de las tres y no tomar una descalificando a las otras dos, cuando eso sucede puede haber el peligro de caer en fanatismos, aunque las tres son validas no tienen el mismo valor, la última, que describiré es considerada la más valiosa y genuina.

La primera concepción de dios de la filosofía perenne es dios con forma y atributos, aquí dios es concebido con formas físicas específicas, generalmente se le atribuye una figura similar a la humana, puede ser un hombre crucificado, un músico celestial, un anciano con barbas blancas, un danzante con varios brazos o puede tener otra imagen no humana como un elefante o un mono, también puede ser un símbolo o un objeto de la naturaleza, en todo caso existe una forma física reconocida de dios que juega un papel central en esta visión. Además de una forma material, a dios también se le asignan atributos específicos, como un Ser superior amoroso, compasivo, misericordioso, bueno, justo, perdonador, etc., que ayuda a sus adoradores humanos como un padre ayuda a sus hijos y castiga a los que no cumplen su ley, generalmente estos atributos son tomados de las características humanas más valoradas por la cultura correspondiente. El dios con forma y atributos es el dios adorado por iglesias como la cristiana, en donde las imágenes, los atributos y los hechos históricos son poderosos y centrales para entender su teología, aquí estamos hablando también de dios en su forma personal, por eso las iglesias cristianas están llenas de imágenes representativas de la historia de su dios. Esta concepción personal de dios es también la que generalmente tienen los niños pequeños que usan a sus padres para representarse a dios, los niños siempre tienen una visión de dios antropomórfica, se lo representan con forma humana, aceptan su existencia como presencia bondadosa, por eso hablan de tocar y alcanzar el cielo donde dios vive. Dios con forma y atributos es el primer nivel de concepción de la filosofía perenne, es totalmente valida pero no es la única ni la más elevada.

La segunda concepción de dios de la filosofía perenne es dios sin forma pero con atributos, aquí dios es concebido sin ninguna imagen, sin forma específica, cualquier representación despierta sospechas de idolatría y se rechaza toda imagen. Dios no tiene forma pero sí tiene atributos que siguen siendo tomados de las características humanas más valoradas, dios sigue siendo misericordioso, compasivo, amoroso, fraternal, solidario, perdonador y sigue juzgando a los que no cumplen su ley. El dios sin forma pero con atributos es el dios adorado por iglesias como la musulmana, en donde las imágenes no son importantes, pero los atributos de dios y los hechos históricos si lo son, este es también un dios personal pero sin rostro, por eso las mezquitas no tienen imágenes de dios pero se adoran sus atributos. Esta concepción de dios también la comparten personas adultas que tienen la intuición de lo divino, sienten la presencia de Dios pero no están afiliados a ninguna iglesia, ni tienen una preferencia significativa por

alguna tradición espiritual, para ellos dios es amor, dios es paz, dios es bienaventuranza, pero no ligán a dios con una imagen en particular, lo conciben como algo más allá de toda imagen. Dios sin forma pero con atributos es el segundo nivel de concepción de la filosofía perenne, es totalmente válida y se considera mejor y más fiel que dios con forma y atributos, porque este segundo nivel es más sutil, más universal, más transpersonal, en realidad este dios está a medio camino entre lo personal y lo transpersonal, pero hay una tercera concepción que se considera más genuina y superior que las dos primeras.

La tercera concepción de dios de la filosofía perenne es dios sin forma y sin atributos, aquí no existe ninguna imagen significativa, dios está más allá de cualquier representación posible, existe una clara conciencia de que no puede ser representado por nada y que solo un bajo nivel de conciencia necesita tener una imagen concreta que necesariamente lo objetiva y le da apariencia de cosa, en esta concepción, todas las imágenes son irrelevantes y no juegan ningún papel importante. Además de que dios no tiene forma también está más allá de cualquier atributo, es anterior a todos ellos, las cualidades son propias de los fenómenos existentes, humanas o no, pero dios es el útero de donde todo sale, incluyendo los atributos, aunque se utilicen para señalarlo existe una clara conciencia de que está más allá de ellos, es totalmente inefable, es amor pero en grado más que excelentísimo, hay un reconocimiento muy importante de que ninguna descripción por muy bella que sea, le hace justicia. En esta concepción tampoco son importantes los hechos históricos, la tradición o las personalidades pues es una visión que se asienta en la eternidad, en lo sin tiempo, en lo cósmico, el dios de los hechos históricos es totalmente secundario, lo que es importante es aquella verdad eterna y universal que los hechos históricos tratan de señalar, la consecuencia de esto es una visión de paz con el mundo, pues los seguidores de esta tercera concepción no se han visto envueltos en guerras, no tienen nada construido por la mente que defender, no hay tierra santa ni imagen que defender y que justifique matar a otro ser humano. Los seguidores de esta concepción se han acercado al conocimiento de la base divina de manera directa y profunda logrando la unión, la construcción teórica que sigue de esto no es importante y tampoco la cultura es significativa, de esto también se deriva que la idea de iglesia como institución social es irrelevante. El dios sin forma y sin atributos, que es inefable, que está más allá de los límites del pensamiento y el lenguaje, es el absoluto espiritual del advaita vedanta, el vacío de los budistas, la base espiritual de la filosofía perenne, esta es la concepción más elevada que se puede tener de dios, es tan sutil que aún el mismo término de dios no es necesario, podemos estar en esta concepción sin necesidad de utilizar el término dios, las dos concepciones inferiores anteriores consideran que para esta tercera el concepto de dios no existe; sí existe, pero es diferente al de ellas, pues aquí el concepto de dios es totalmente transpersonal, toda descripción es incompleta porque es translingüística, pero en esta concepción dios puede ser conocido directamente por el ser humano, puede ser vivenciado a través del ojo de la contemplación, el Ser interior genuino y la divina base pueden unirse en este conocimiento y “Tú eres Eso”.

es la más sencilla, la más primitiva, la más básica y depende más de la cultura que de lo eterno. La segunda empieza el asenso de la concepción personal hacia lo transpersonal, es más universal e incluyente pues, independientemente de la forma cultural, acepta a dios como puro amor universal y no cae en guerra de imágenes. La tercera es definitivamente la mejor, aunque la más difícil de asumir, es transpersonal y, por lo tanto, la más incluyente de todas, al trascender a la otras dos las incluye, pero no porque se base en ellas sino porque las comprende como estadios iniciales en la comprensión final de la divina base. La primera concepción no puede entender a la segunda y a la tercera, pero la tercera, la concepción de dios sin forma y atributos si puede comprender a las otras dos, al ser la más incluyente es la mejor, en esta tercera concepción no hay dualidad y “Tú eres Eso”.